

NOTAS

A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE "LA VIE INTELLECTUELLE"

En el número correspondiente al 1o. de Agosto de 1938, publicaba esta importante Revista Católica Francesa, un artículo sobre la Iglesia Militante.

Nos interesa conocer como enfoca el "actual momento religioso" de la América Latina.

Le perdonaremos la lección un poco ruda que nos dá. Hasta se la agradeceremos, si, como lo espero, nos estimula a unificar nuestras vidas social y espiritual, a la luz de algunos grandes principios que indicaremos.

I

EL ACTUAL MOMENTO RELIGIOSO SEGUN "LA VIE INTELLECTUELLE"

Si echamos una ojeada sobre la vitalidad de la Iglesia Católica, hoy, salta a la vista, que se desarrolla con más vigor, en los países donde la persecución la purificó, contando tal vez acabar con ella.

En los países de tradición católica, en que hasta la fecha no fué víctima de persecuciones, la vida religiosa es estacionaria, o estancada, si hablamos sin eufemismos. En estos países, poco basta para levantar la tempestad y demostrar la impotencia de los católicos; basta que un grupo de anticlericales audaces se apoderen del poder. Mientras lentamente se organiza la resistencia, tendrán estos, tiempo de causar estragos.

Es en las naciones donde la Iglesia fué acrisolada por la persecución, que brotan todas las iniciativas espirituales fecundas, como son, por ejemplo, las nuevas Congregaciones religiosas, los nuevos métodos de apostolado, el empuje misional. Son, también, síntomas de vida religiosa intensa, el desarrollo de los estudios teológicos, de la literatura religiosa, y sobre todo, de la santidad. La AMERICA LATINA no cuenta con santos, desde la época ya lejana de Santa Rosa de Lima, ni con teólogos o autores ascéticos de fama mundial, no ve levantarse congregaciones religiosas, no forma misioneros, ni siquiera tiene suficiente número de sacerdotes, para atender a sus necesidades espirituales.

Este conjunto de circunstancias traducen una vida espiritual tibia y falta de instrucción religiosa, y esta tibieza y esta ignorancia llevan forzosamente al relajamiento de las costumbres cristianas y a la materialización de la religión, que se reduce a algunas prácticas externas sin espíritu, y degeneran luego, en

prácticas supersticiosas. Es que la superstición gana, siempre, todo el terreno que pierde la verdadera fe.

Claro que al producirse estos tristes fenómenos colectivos, no dejan de encontrarse aquí y allí, pequeños núcleos de cristianos fervorosos, pero su número es demasiado reducido y carece de ambiente en el medio social. Resulta insuficiente para provocar una reacción enérgica, en la vida religiosa de la colectividad.

Tal es la grande miseria de la humanidad. Cuando la Religión católica es la religión tradicional de una nación, los niños reciben el Bautismo que los incorpora a la verdadera Iglesia, sin cualquier intervención de su parte, reciben nociones de catecismo y de vida cristiana, que, en general no aprecian y sólo aceptan pasivamente; pero esta aceptación no implica ni gusto, ni práctica del cristianismo. Crecido número de cristianos por nacimiento son tan sensuales como los naturales de la sierra. La educación cristiana debiera despertar en ellos el sentido sobrenatural, pero por circunstancias diversas, esta educación no da grandes resultados. Tan sensuales como los paganos, sólo les interesa lo que favorece su orgullo, su egoísmo y su amor al placer; sus pensamientos y sus obras tienen como centro el YO; su misma religiosidad no tiene otro fin: les parece el medio de conseguir el cielo con el menor gasto posible, y el de asegurarse en este mundo, la protección de las potencias celestes, que es bueno tener de su parte.

Para esta multitud poco ilustrada, el problema religioso se reduce, pues, a no perder el cielo, que no desdennan; pero la idea de ponerse ellos al servicio de Dios, cumpliendo con amor su voluntad, no cabe, ni siquiera penetra en sus espíritus: los bienes espirituales con que nos brinda el Salvador, como no los ven, no los estiman; los bienes temporales, de que hace Dios tan poco caso, son los únicos que apetece. Como la fe los obliga a admitir la existencia del cielo y del infierno, no dejan de pretender el cielo, pero sacrificando lo menos posible, los bienes de este mundo.

Y así, levantando su vida religiosa sobre un concepto de la religión, que es falso por ser exclusivamente interesado, con la mayor naturalidad y sin darse de ello cuenta, contribuyen a desmejorar y en parte a desfigurar la verdadera vida de la Iglesia Católica, ya que la caridad y el amor sin reserva no tienen cabida en ella. Dan así a los que viven fuera de la verdadera Religión, una idea muy menguada del Catolicismo, sin más relación con la doctrina de Jesús, que la dirigiese sus oraciones a N. S., a su Madre y a los Santos, que desempeñan en estas vidas, que se dicen cristianas, un papel análogo al de los antiguos dioses tutelares, en las vidas de los paganos.

Y así, el amor divino, los esplendores del amor redentor y los ejemplos de una vida verdaderamente cristiana, no se manifiestan a los que viven fuera de la Iglesia: estos cristianos no son lo que debieran ser: un testimonio vivo de Cristo al mundo.

COMO BREVE RESUMEN

De lo que precede diremos: Tal es la miseria humana que parece necesario el huracán de la persecución, para la purificación de la Iglesia.

En cuanto llega la victoria y suena la hora del triunfo, sus hijos se preocupan poco, de los intereses espirituales, y con exceso, de las cosas del tiempo. Acabada la lucha, dan entrada a la negligencia y a la rutina, y ese hábito de hacer las cosas sin convicción, y de reclinar la cabeza en la almohada de la dejadez, lleva tan insensible como inevitablemente, al relajamiento y a la corrupción moral.

II

LOS GRANDES PRINCIPIOS ORIENTADORES DE NUESTRA VIDA

Dejando a la consideración de nuestros lectores, las ideas de la VIE INTELLECTUELLE, que llevan la firma de un autor belga, queremos acompañarlas de algunas reflexiones sobre la gravedad del momento actual, reflexiones que la lectura del citado artículo nos ha sugerido.

No es este el lugar, ni el tiempo oportuno, para entrar en cuestiones políticas; pero, lo es, de recordar, que desde las alturas del cielo, Dios rige los destinos tanto de los individuos, como de los pueblos. Y si es verdad que son profundos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que son incomprensibles sus juicios e impenetrables sus caminos, y que ningún mortal asistió nunca al consejo de la Augustísima Trinidad, no lo es menos que Dios no ha dejado, jamás, de indicarnos, por medio de su Iglesia y por la boca de sus doctores, las normas de la Divina Providencia en el gobierno de la humanidad, a las que debe ésta someterse, para entrar en el camino de la paz y de la verdadera prosperidad.

Ya S. Anselmo, en el siglo XI, enunció esta regla, cuya verdad demuestra toda la historia: Dios, por encima de todo, quiere y busca la libertad de su Iglesia. Es condición necesaria para que produzca, en abundancia, frutos de santidad, que si son la mayor gloria de la humanidad, son también la mayor necesidad de la hora presente. Como eco de esa voz lejana, se levantó hace poco la de nuestro amado Pontífice Pío XI, para dar un aviso solemne a los que querían atacar o hacer violencia a la Acción Católica, con el maliciado pretexto, que no es más que un catolicismo político disfrazado: *Quien ataca a la Acción Católica, dijo el Pontífice, ataca al Papa, y quien ataca al Papa, muere; la Historia es, de ello, prueba fehaciente.*

Parece congénita nuestra incapacidad de entender las lecciones de la historia. A quien lee y medita el Evangelio, le sorprende y entristece la ceguera de los dirigentes del pueblo judío, que ofuscados por sus pasiones, no acertaron a ver en Jesús, al Mesías prometido. Tropezaron contra esa piedra angular, puesta por Dios para su salud, y se cumplió en ellos la profecía del Salvador: "quien tropezare contra esta piedra, se hará pedazos, esto es: quien se haga contrario de Cristo, labrará su propia ruina, y ella hará añicos aquel sobre quien cayere". Y este preñuncio sigue siendo valedero hoy.

Aunque el Salvador volvió al cielo, no tenemos necesidad, como en la antigua ley, de quien nos manifieste los pensamientos divinos.

En el Vicario de Cristo tenemos quien, más auténticamente que un Profeta, manifiesta al mundo la voluntad del Príncipe de la Paz. Desgraciadamente no se le escucha.

Hace años, cuando se trató de admitir en la liga fundada para consolidar la paz del mundo, a la nación que más encarnizadamente perseguía a la Iglesia, pidió el Sumo Pontífice que se exigiera de ella, previamente, el respeto y la libertad de los creyentes.

Si hace diez y nueve siglos, los dirigentes del pueblo judío llevaron a aquella nación a la ruina más pavorosa que registran los anales de la historia: sin demora, nos fué dado ver la realización del anuncio profético del Papa: Si se hubieran atendido los intereses divinos, hubieran quedado mejor salvaguardados los intereses terrenos de las naciones. Es la repetición, en otros términos de la palabra del Salvador: Buscad primero, el reino de Dios, y la santidad que allí nos lleva, y todo lo demás se os dará por añadidura. O como se decía en épocas de más intensa vida cristiana: A Dios, siempre, el primer lugar. Es el segundo principio que conviene recordar, pues debe regir tanto la vida social como la vida privada de cada persona.

III

CONFIANZA Y SINCERIDAD

Pocas veces estuvo el horizonte más sombrío, y pocas veces aparecieron más pujantes los enemigos de la Iglesia. ¿Cuál debe ser nuestra conducta en tal circunstancia?

Desde luego, no es oportuno sumarse, ni siquiera simpatizar con ninguno de los dos bandos, que parecen disputarse, hoy, la hegemonía del mundo. Muy en las manos del maligno se encuentra ahora: y como de ambos lados, vemos enemigos encarnizados de la Iglesia, tomar parte siquiera ideológica, en la actual división espiritual del mundo, sería como lo decía, hace poco tiempo, un diputado de la segunda Cámara holandesa, aliarse con el demonio, contra el diablo, y ya sabemos adonde puede llevar tal alianza.

Desde el principio, el diablo es homicida y enemigo del hombre, y sólo puede llevar al odio y al exterminio, y no será otro el resultado de la actual tensión, si las oraciones de las almas buenas, —que las hay, y son numerosas— no consiguen que una mirada de Jesús salve al género humano, ahuyentando a aquel en cuyas manos, en mala hora, se abandonó.

A nosotros lo que nos incumbe, podemos resumirlo en pocas palabras: con una confianza inalterable en Jesús, ya que cuando más ruge la tempestad, más cercana está la hora de la manifestación de su poder, MIREMOS CON SERENIDAD EL PRESENTE Y PREPAREMOS CON TRANQUILIDAD EL PORVENIR.

Si la Iglesia nos parece desprovista de apoyos humanos, cuenta con el de Dios, que la alienta y le dice: Estate quieta; no temas, ni se acobarde tu corazón a la vista de esos dos tizones, que arden en furiosa ira. Por más que hayan ma-

quinado pésimos designios contra tí, no cuajarán ni tendrán efectos tales propósitos, antes bien ellos serán destruidos.

Pero al descansar en las promesas de perennidad con que Dios favoreció a su Iglesia, consideremos como escritas para nosotros, las palabras que en circunstancias también trágicas, escribió S. Pablo a los primeros cristianos, y que la liturgia de la Iglesia nos convida a leer varias veces cada año: Os ruego —les decía— que no caigáis de ánimo, en vista de tantas tribulaciones como sufro por vosotros; son para gloria vuestra, ya que a ello las ordena Dios. Oid sus deseos y aprovechad bien estos años de vigor y juventud, que pasan rápidamente y nunca volverán, para prepararos a ser en breve los artifices del verdadero progreso de la Patria Peruana. Para que sea tal, es necesario que al progreso material, al progreso cultural, se súperponga y perfeccione a ambos, el progreso espiritual.

Oigamos con reverencia la palabra de S. Pablo, y unamos nuestra oración a la suya, para que se realice su petición. El interés que llevaba a los fieles de la primera centuria, no le ha abandonado, lo extiende hoy a nosotros, y postrado en el cielo ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien trae su origen, tanto la familia humana, como la celeste, pide que de los tesoros de esas riquezas, que constituyen la gloria de Dios, nos conceda una triple gracia.

Es la primera que por la efusión de su Espíritu, que tuvo lugar en el Bautismo y en el día de nuestra Confirmación, sea poderosamente fortalecido nuestro hombre interior, y nuestra alma regenerada, plenamente restaurada en su dignidad de hija de Dios.

En la segunda, quiere precaver la recaída en el mal de nuestra voluntad tornadiza, y pide que Jesús habite por la fe en nuestro corazón, y que nuestra voluntad se asemeje a la suya humana, tan dócil y obediente a la del Verbo.

La tercera, es consecuencia lógica de las anteriores: habiendo la caridad eliminado el egoísmo, y echado profundas raíces en nosotros, y hallándonos bien cimentados en ella, a nosotros como a todos los santos, nos será dado comprender cada vez mejor, LA ANCHURA que se extiende a toda la humanidad y a toda la creación; LA LONGITUD, que es la de la eternidad, no siendo en ella más que un breve punto, el tiempo; LA ALTEZA o plenitud de las bendiciones celestes; y LA PROFUNDIDAD que es un verdadero abismo, pues con estas dimensiones se presenta LA CARIDAD DE CRISTO, su amor incomprendible al hombre, manifestado en el misterio de la Redención; amor que sobrepuja a toda ciencia, y que nos colma de la plenitud de los dones de Dios, en la medida que damos entrada a sus divinas efusiones.

En vista de tanta largueza, bien podemos concluir con el mismo Apóstol: A Aquel que es poderoso para hacer infinitamente más que todo lo que nosotros pedimos, o de cuanto pensamos, según la virtud que obra en nosotros; a El sea la gloria en la Iglesia, por medio de JESUCRISTO, por todas las generaciones de todos los siglos.

Quedan, pues, claros los tres principios, sobre los que deseaba llamar la atención de los lectores, a saber:

a) que en este mundo, Dios, por encima de todo, quiere y busca la li-

bertad de la Iglesia; por oponerse a ella, desaparecieron las monarquías y los imperios, y parece destinada a desaparecer la preponderancia actual de la burguesía, que en su conjunto es anticatólica o indiferente, para ceder el paso a la clase trabajadora, que será o CATOLICA o COMUNISTA.

b) que en nuestra vida individual, debemos dar a Dios el lugar que le corresponde: el primero.

c) y que para asegurar el triunfo de la Iglesia Católica en nuestra Patria, debemos ser almas de profunda vida interior.

Espero que el Sagrado Corazón de Jesús concederá a la Universidad Católica del Perú, una pléyada de almas juveniles, que prendidas del nobilísimo Ideal cristiano, se sientan obligadas a prepararse, HOY, por una vida interior intensa, a su actuación cristiana exterior, MAÑANA, para gloria de la PATRIA PERUANA, y para gloria de nuestra santa IGLESIA CATOLICA.

Victor Cadillac. SS. CC.

Conferencia dada a los alumnos, el día de la Universidad Católica, 25-IX-1938.